

La dominación masculina

Pierre Bourdieu*

Marian Ferrara
Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México

La libertad consciente del agente o la eternización de lo arbitrario

Lo que en la historia aparece como "eterno", en realidad es el producto de un trabajo de eternización que incumbe a unas instituciones interconectadas — Iglesia, familia, Estado, escuela—. Recordar esto es, en efecto, devolver a la acción histórica la relación entre los sexos que la visión naturalista y esencialista les niega, y que no es lo mismo que decir que se intenta detener la historia y les quita a los sujetos en cuestión su papel de agentes —históricos— (Bourdieu, 2000). Así, Pierre Bourdieu denomina violencia simbólica a la "sumisión paradójica que es una violencia amortiguada, insensible e —invisible— para sus propias víctimas, que se ejerce, esencialmente, a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y el (des)conocimiento del reconocimiento o el sentimiento" (Bourdieu, 2000: 49).

Este principio simbólico, explica el autor, es ejercido por el dominador y admitido por el dominado. La dominación masculina posee varias dimensiones e intensidades; una de ellas es, justamente, la violencia simbólica, donde los dominados llegan a tener una autoapreciación subestimada que, en efecto, deriva en que es completamente ilusorio creer que la violencia simbólica puede vencerse a fuerza de voluntarismo y conciencia, pues ésta se halla profundamente inscrita en lo más íntimo de los cuerpos en forma de disposiciones (Bourdieu, 2000). Así, las inclinaciones "sumisas" son el producto de unas estructuras "objetivas", las cuales deben su eficacia a las inclinaciones que ellas mismas desencadenan y que contribuyen a su reproducción.

Por eso el autor arguye que sólo podría darse una transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores, y acerca de ellos, un punto de vista idéntico al de los dominadores. Por tal motivo la violencia simbólica es un acto de conocimiento

* Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

práctico; así, las inclinaciones-*habitus* son inseparables de las estructuras que las producen y las reproducen. Y reproducir los "agentes" es reproducir las categorías que organizan el mundo social; es decir, el capital simbólico y, por lo tanto, unos poderes y unos derechos duraderos de unos sobre otros (Bourdieu, 2000). Esto sucede en las prácticas rituales, ya sea de la sociedad cabilia con que trabajó el autor, con el grupo de Bloomsbury en Inglaterra o con el grupo de la esquina de trabajadoras sexuales en Iztapalapa, en la Ciudad de México. La violencia simbólica puede darse así en diversas sociedades y en los diferentes "campos" de acción en que estamos inmersos los agentes sociales.

En términos de una reflexión a partir del libro de Bourdieu, que nos despegue un poco de su estudio de la sociedad cabilia y se aterrice en condiciones sociales más asequibles, agregaría que lo heteronormativo cisgénero como un orden social hegemónico de la relación entre los sexos, anula cualquier otro tipo de socialización entre los sexos, juzgándola de relaciones o posiciones "antinaturales". Es decir, se tiene la certeza (in)consciente de que las relaciones heteronormadas cisgénero son eternas naturalizaciones, cuando en realidad no son más que el producto y reproductor de la conformación estructural que condiciona el orden de la acción social. El género y las relaciones desiguales que nacen de él son un producto procesual histórico. Así, entender la propuesta bourdieana de historizar los problemas sociales sería comprender el cambio de tuerca de la falsa oposición entre el subjetivismo y el objetivismo; asimismo, también sería de suma importancia superar el cambio del estructuralismo al posestructuralismo y el salto de lo sincrónico a lo diacrónico, respectivamente, donde, por un lado, sería mirar al agente desde un posicionamiento diacrónico, donde "el proceso" o la evolución del mismo en el tiempo es de suma importancia y rompe con el paradigma de la lógica metafísica dicotómica que habla de un principio de identidad totalizador y unificador del sujeto, donde si A es A , entonces no puede ser B , la cual es una lógica exhaustiva y excluyente; por el otro, se tiene que problematizar acerca de los efectos de radicalizar esta postura posestructuralista y perder de vista los procesos no sólo de las experiencias singulares, sino que efectivamente existen estructuras históricas que condicionan hasta los —en apariencia— deseos más individuales.

Entonces, hablar de violencia simbólica no se reduce en exclusiva a hablar de relaciones de poder en términos de género, sino que este argumento puede traer consigo el apellido que queramos utilizar: dominación racial, dominación étnica, dominación económica, etc. Y esto, en términos analíticos, puede visibilizarse en un excedente de reconocimiento del otro, que marca hondamente una desigualdad exacerbada de condiciones: hombres-mujeres-desviados, judíos-cristianos-musulmanes, ricos-pobres, norte global-sur global... al infinito, donde ese excedente de reconocimiento tiende a generar una desigualdad exacerbada con base en diferencias a veces catastróficas.

En resumen, la violencia simbólica se trata de una doble dominación altamente difícil de comprender, pues se ejerce a través de presiones “objetivas”; por ejemplo, espacios sociales donde las mujeres no están representadas ni presentadas, y si lo están, lo hacen siempre en una posición inferior. Y estas estructuras “objetivas” —en tanto normalizadas por un proceso histórico específico— tienen un principio de división que se convierte en el principio de la visión del mundo hegemónico, a la vez que estos principios estructurales también se incorporan a la psique bajo formas de pares opuestos exhaustivos y excluyentes entre sí. Y la incorporación histórica de esto hace parecer que es algo dado; se convierte en algo naturalizado, donde fácilmente se puede culpar a la víctima de su condición de dominado, a saber: si bien este tipo de violencia se ejerce con la complicidad de la víctima, el autor hace hincapié en que el sentido de la palabra “complicidad” no refiere a un sentido moral, sino a una colaboración del cuerpo en tanto que es una estructura incorporada. Por este motivo la dominación, en su nivel simbólico, funciona justo porque el dominado no es consciente de ser dominado.

Por último, es importante tener en cuenta que esta violencia se “absorbe” a través de la comunicación —lenguaje—, del (des)conocimiento o del sentimiento; he ahí su dificultad de identificación y el reto del cambio. Este punto se podría concatenar con la noción de la reflexividad del agente social sobre su propia existencia, y a partir del pequeño margen de libertad condicionada con que se cuenta para intentar modificar su previa incorporación de las estructuras objetivas expresadas en estructuras subjetivas; es decir, concatenar la noción de la agencia social como una serie de actos subversivos, revolucionarios, plenamente conscientes, resultaría complicado bajo la lógica de un análisis bourdieano en torno a la dominación expresada en un nivel de violencia simbólica.

Si bien podría tacharse al sociólogo de determinista y pesimista, también podría negociarse su postura en tanto ese margen de libertad condicionada del agente social que analiza la participación del sujeto que, en primer lugar, no forma parte de tradiciones, culturas, sociedades no occidentales ni liberales (Mahmood, 2008). En segundo lugar, podría ampliarse la noción de agente en tanto sujeto que lleva a cabo actos y acciones en su devenir cotidiano, que no precisamente son realizados en forma consciente, reflexiva, y esto no lo subestima, pues sin esa pequeña franja de libertad a los ojos de aquellos sujetos que se denominan conscientes y revolucionarios, sería imposible comprender cómo algunas acciones pueden tener “agencia” si no están “rebelándose” de lleno contra la relación de dominación. Sería tan limitada una postura determinista que muchas veces se le adjudica tanto a Bourdieu como a Butler, así como una postura completamente libertaria de la agencia social.

Para abonar un poco más a la reseña que aquí presentamos, me gustaría poner a Butler en diálogo con Bourdieu, pues si bien muchas veces se han antepues-

to como autores sin conciliación, contraria a esa lectura me parece que rescatar los trabajos de esta autora en torno a la "precariedad" se puede relacionar muy bien con el concepto de "violencia simbólica" de Bourdieu, ya que podemos entenderla, en su sentido más básico, como el resultado de las relaciones de poder que se generan en los procesos prácticos de la violencia simbólica. Así, la precariedad en Butler se relaciona directamente con los términos del poder, con las relaciones de dominación, con quien o quienes definen en la estructura social quién puede ser un sujeto, quién puede ser un sujeto legible, un sujeto reconocido, un sujeto integrado, esto bajo diversos niveles de análisis, ya sea en política, en ley o, más aún, en el reconocimiento de la existencia misma como un valor máximo. En términos de reconocimiento y legibilidad, no se puede hablar de un "yo", porque esto siempre está condicionado a una relación, a un otro, a un "nosotros"; el ser legible tiene que ver con la presentación a un público.

Esa legibilidad es la condición para socialización, en tanto nuestro *performance* sea legible; entonces reconocidos, en tanto no, entonces suprimidos y precarios. Si no cumplimos con la reproducción "performativa" de la norma, entonces sujetos condicionados para vivir en forma precaria, expuestos, sin derechos. Para la autora, "la reproducción de las normas de género en la vida ordinaria es una negociación con las formas del poder que condicionan a aquellos cuyas vidas serán más agradables de vivir y a aquellos cuyas vidas lo serán menos o, simplemente, insostenibles" (Butler, 2009: 333).

Asimismo, en tanto que las normas actúan sobre nosotros antes de que tengamos la posibilidad siquiera de actuar, y que al actuar reproducimos las normas que actúan sobre nosotros, ya sea en formas nuevas e inesperadas, esto siempre es de facto relacional a las normas que nos preceden y que nos exceden, a saber: no podemos entendernos como sujetos soberanos y autónomos por más que nuestras actuaciones sean reflexivas y conscientemente subversivas, pues incluso esas actuaciones están interrelacionadas con "una serie de normas históricas que convergen hacia el lugar de nuestra personalidad corporizada y que permite algunas posibilidades de actuación" (Butler, 2009: 334).

Agregaría que estas posibilidades de actuación no sólo se ligan a ciertos sujetos, sino que, justamente, en tanto sujetos precarios, las condiciones posibilitan ciertas actuaciones reflexivas o no, que parecerán atípicas o, por el contrario, en tanto sujetos no precarios se posibilitan las condiciones de actuaciones consciente, subversivas si se quiere, de una nueva forma performativa. No obstante, no podría entenderse esta actuación "nueva", ya sea que provenga desde la precariedad o no, sin la relación que tiene con las normas previas de existencia.

De ahí que los análisis y reflexiones en torno a la dimensión simbólica de la dominación sean tan importantes, que leer bien la propuesta bourdieana, no como un destino determinista, sino como una realidad manifiesta en uno o mil casos de lo

posible, ayude, en primer lugar, a comprender cómo es que se forjan esas relaciones de dominación; en segundo lugar, a conocer cómo es que se llega a naturalizarlas y normalizarlas —y con esto a incorporarlas (in)conscientemente— para, en tercer lugar, tener un piso más firme para modificarlas, a partir de ese margen de acción libre delimitada y condicionada a disposiciones afectivas de existencia incorporadas o, en palabras del propio autor, “hay que hacer lo posible para que sea obligado” que la relación entre dominador y dominado sea menos desigual, menos violenta, menos cruenta hasta que, quizá, un día la división desaparezca.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, Pierre (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- Butler, J. (2009), *Performatividad, precariedad y políticas sexuales*, Madrid, AIBR-Universidad Complutense de Madrid.
- Mahmood, S. (2008), “Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto”, en L. Suárez y R. Hernández, *Descolonizando el feminismo: teorías y prácticas desde los márgenes*, Madrid, Cátedra.